

Rochela hacía lo que quería: «Perdonad, señora, le replicó; pero yo no quiero allí más que lo que debo.» Al duque de Nevers, Luis Gonzaga, asaz imprudente para hacerle observar que en aquella plaza no podría recaudar ningún impuesto, le contestó: «Es verdad, por esto no tenemos italianos entre nosotros.» Catalina pedía que á lo menos firmara una tregua de un año y que suspendiera durante este tiempo el culto en las ciudades de su obediencia; pero el rey de Navarra replicaba, en nombre de la nobleza protestante, que estaban unánimemente resueltos á vivir y á morir para conservar este derecho.

Esto no obstante, guardábase de promover una ruptura antes de que estuviesen reunidos los socorros de Alemania; ganaba tiempo, citaba á Catalina en Fontenay, y desde Marans, adonde acababa de llegar, negábase á dar un paso para acercarse á ella, enviándole al fin al vizconde de Turena, singular mensajero de paz, que con todas sus fuerzas incitaba á la guerra y que propuso formalmente á la reina madre la ayuda de los protestantes alemanes y de los hugonotes franceses «para restablecer la autoridad del rey, aniquilada por los de la Liga, y asegurar á sus súbditos una tranquilidad perdurable.» Catalina comprendió que el rey de Navarra se burlaba de ella y entonces terminaron las conferencias (7 de marzo de 1587).

Los Lorena se habían «casado con la coraza,» según escribía su jefe: el duque de Aumale trabajaba para hacerse dueño de la Picardía y se apoderaba de Doullens; y el duque de Guisa recobraba Auxonne, que había expulsado á su gobernador liguero, y construía una fortaleza en Vitry. Los jefes del partido católico, en una reunión celebrada en la abadía de Ourscamp (octubre de 1586), habían decidido invitar á Enrique III á que cumpliera punto por punto el edicto de 18 de julio, y declarado que su deber era no obedecerle si pactaba algún acuerdo con los herejes. Sin esperar la autorización del rey atacaron al duque de Bouillon, que acogía en sus Estados á los protestantes fugitivos; y á pesar de las órdenes del monarca, Guisa sitió, durante el invierno de 1586 á 1587, las plazas de Sedán y de Jametz que dominaban la Lorena. Catalina avisóse con él en Fere-en-Tardenois, pero no fué entonces más afortunada que lo había sido con el rey de Navarra. Enrique III quiso intentar personalmente un esfuerzo supremo, celebrando en Meaux una entrevista con el jefe de la Liga, á quien expuso la necesidad de otorgar algunas concesiones al rey de Navarra á fin de evitar la invasión alemana; pero Guisa se mostró inflexible.

#### IV.—Victoria del rey de Navarra

Enrique III aparentó ceder á los sentimientos del duque, y manifestándose dispuesto á hacer los últimos esfuerzos contra los protestantes, obligó á Guisa y á d'Épernon á reconciliarse; pero en el fondo no renunciaba á la política que, en su concepto, había de liberarle de la tutela de un súbdito demasiado poderoso, y distribuyó las fuerzas destinadas á combatir á los protestantes del exterior y del interior de modo que quedase él dueño de la situación. Joyeuse fué enviado contra el rey de Navarra, y el duque de Guisa quedó encar-

gado de guardar la frontera; en cuanto al rey, instalóse en el Loira con la masa de las tropas para impedir la unión de los hugonotes y del ejército de socorro alemán, acariciando la secreta esperanza de que Joyeuse contendría al rey de Navarra y de que Guisa sería derrotado por los invasores, no sin haberles causado grandes pérdidas, lo que le permitiría intervenir en el momento oportuno y dictar á todos la ley. Por esto se le oía repetir el versículo del libro sagrado: *De inimicis meis vindicabo inimicos meos* (1).

Joyeuse, católico ferviente, atendió antes á su celo que á las intenciones de su soberano y no se mantuvo en la defensiva, sino que empleó un primer ejército en la toma de algunas plazas sobre el Sevre, y no temió exponer otro con el mismo objeto. Con el rey de Navarra se habían reunido algunos soldados que le llevaba su primo el conde de Soissons, hijo, como el príncipe de Condé, de Luis de Borbón, príncipe de Condé, muerto en Jarnac. Soissons y el príncipe de Conti, su hermano, eran católicos, pero alarmados por la ambición de los Guisa, se habían declarado contrarios á la Liga; su apoyo no prestaba, sin embargo, mucha más fuerza material al rey de Navarra. Joyeuse, sabedor de que éste acababa de salir de la Rochela y se dirigía á Gascuña para rehacerse, lanzóse en su persecución y quiso cortarle el camino del Mediodía; su vanguardia encontró en Coutras á los exploradores hugonotes, que habían pasado el río de Isle por un vado, y presentó batalla á aquel ejército en retirada, creyendo que podría aplastarlo entre el Isle y el Dronne con las masas de sus gentes de á pie y el choque de sus compañías de ordenanza. La infantería de los hugonotes era algo inferior en número á la suya y además éstos no podían oponer sino 1.200 ó 1.300 caballos á una caballería dos veces más fuerte; en cambio sus regimientos de veteranos iban mandados por caudillos expertos, Soissons, Condé y el rey de Navarra.

Después de algunas escaramuzas en las alas, la nobleza que rodeaba al duque de Joyeuse, desesperada de servir de blanco á la artillería protestante, lanzóse contra el enemigo. Los escuadrones compactos que mandaban Enrique de Navarra y los príncipes de la sangre esperaron á pie firme que se acercara aquella tropa furiosa, y los arcabuceros que los flanqueaban dejaron que ésta se pusiera á tiro y abrieron brecha en sus filas; y cuando los jinetes católicos, diezmados y jadeantes, estuvieron á pocos pasos, los jefes protestantes cargaron, á su vez, contra ellos con su caballería, entablando una lucha cuerpo á cuerpo en la que las lanzas de ordenanza sirvieron menos que las pistolas de los hugonotes. El rey de Navarra «se agarró» á Chateau Renaud que llevaba el estandarte de Sansac, y rodeándole con sus brazos, le gritó: «¡Ríndete, Filisteo!» A las dos horas todo había terminado y el ejército católico estaba destruído (20 de octubre de 1587), habiendo perecido todos sus jefes, salvo Savardin, más de trescientos hidalgos y el generalísimo. «Tal cantidad de nobleza» no se había «perdido en las tres batallas más sangrientas de este siglo.» Los vencedores dijeron que sólo habían tenido cinco hidalgos y veinte soldados muertos... (20 de octubre de 1587).

(1) Mis enemigos me servirán para vengarme de mis enemigos.

Era esta la primera batalla formal ganada por los protestantes, cuyos capitanes más ilustres, admirables en los reveses, sólo habían merecido hasta entonces la gloria de la constancia. El joven caudillo acababa de romper el hechizo inaugurando la suerte próspera; y su buen humor y su victoria alegraban con una sonrisa la grandeza taciturna de la causa reformada. Enrique de Navarra revelábase generoso, humano, previsor y sobre todo en extremo hábil; en aquella embriaguez del triunfo, «no se observó en él un solo rasgo de insolencia ó de pasión...» deploró públicamente que la suerte de las armas hubiese causado la muerte de tantos franceses; mandó curar á los heridos y poner en libertad sin rescate á muchos prisioneros; entregó los cadáveres de Joyeuse y de su hermano á su familia é hizo celebrar en su honor ceremonias del culto católico á las que quiso asistir acompañado de sus hidalgos. «Alguien le preguntó qué condiciones de paz querría después de tal victoria:—Las mismas que habría querido si hubiese perdido la batalla, ó sea el edicto de 1577.—Unos atribuyeron esta frase á una gran ecuanimidad, pero los más sagaces dijeron que tenía otros negocios que los de su partido y que quería dejar entera la herencia que esperaba.» Por debajo del protector de las Iglesias asomaba el rey de Francia.

Su victoria le abrió las puertas de la Gascuña, y allí se dirigió en seguida, dejando á sus lugartenientes el cuidado de proseguir la campaña. Esta ausencia es generalmente considerada como una falta, siendo muchos los que le censuraron por no haberse aprovechado del desaliento de sus enemigos para apoderarse de las ciudades del Poitou y salir al encuentro de los auxiliares extranjeros. Tal vez el deseo de ver nuevamente á la condesa de Gramont, la bella Corisandra, á quien amaba apasionadamente, pudo en él más que su ambición; acaso pensó que ningún interés tenía en presentarse ante los muros de París con todas las fuerzas protestantes, ni en humillar á Enrique III, ni en arrojarle en brazos de los Guisa.

#### V.—Derrota del ejército de socorro

El ejército de socorro, aunque reclutado en nombre de Enrique de Navarra, no había seguido las instrucciones que éste le diera; pues mientras él quería que se instalara de una manera estable en Lorena y asolará metódicamente el país, á fin de atraer hacia aquel lado al grueso de las fuerzas católicas, los invasores se atuvieron al pensamiento tradicional de una marcha hacia el Loira y de una concentración de todas las fuerzas protestantes.

El mando estaba distribuído entre jefes ineptos: el duque de Bouillon, que mandaba á los franceses, era un joven sin experiencia; y Dohna, á cuyas órdenes estaban los suizos y los alemanes, era hombre de experiencia, pero sin talento. Las rivalidades de los caudillos y las desavenencias de aquellos combatientes de diversas razas eran causa de perturbación en los consejos y de erramientos en la acción. El ejército, compuesto de 23 á 25.000 hombres, no hizo más que atravesar la Lorena saqueándola, y cruzó el Sena, más arriba de Chatillón (fin de septiembre) y el Vonne; pero ya estaba desmoralizado, perturbado por las competen-

cias y debilitado por las marchas y las enfermedades.

Enrique III, fuertemente situado en la línea del Loira, cerró el paso á los invasores y no quiso dejarse convencer de que el ataque iba dirigido no contra él, sino contra la Liga; en vista de lo cual aquéllos torcieron hacia el Beauce, en donde confiaban rehacerse. El duque de Guisa seguía paralelamente á aquellas fuerzas acechando una ocasión para caer sobre ellas. Precisamente los raitres, que no podían entenderse con los lansquenets ni con los franceses, hacían rancho aparte y no tomaban ninguna de las precauciones que requería aquella región llena de vallados y de sotos, y por ende favorable á las sorpresas.

El duque se encontraba en Montargis cuando recibió la noticia de que aquellos soldados habían llegado á Vimory, distante sólo una legua, y se dirigió contra ellos con su caballería y 2.600 arcabuceros. La noche era tan oscura que sus hombres pudieron deslizarse sin ser vistos hasta el interior de la aldea, y la infantería, empujando la calle principal, comenzó á matar á los raitres y á incendiar las casas en donde estaban alojados; pero Dohna tuvo tiempo de reunir siete escuadras y cargando contra los asaltantes, logró rechazarlos, no sin perder 800 hombres (26 de octubre).

Aunque aquel suceso no tenía gran importancia, precipitó la disolución del ejército extranjero. Los raitres se lamentaban de la destrucción de sus bagajes y decían á voz en grito que los llevaban á la perdición, que no tenían jefes y que el rey de Navarra había muerto; y cuando á fuerza de grandes trabajos se consiguió apaciguarlos, amotináronse los suizos, á quienes no satisfizo bastante la toma y el saqueo de Chateau-Landón y de cuyo descontento se aprovechó Enrique III para entablar con ellos negociaciones.

Dohna había establecido su cuartel general en Anneau, pero aunque ocupaba la aldea, el castillo que defendía la entrada de la misma había quedado en poder del gobernador católico. El duque de Guisa penetró en Anneau por el castillo y ocupó sus puertas; los raitres que no pudieron saltar por las murallas fueron asesinados ó hechos prisioneros, y los vencedores se apoderaron de un enorme botín, saqueando durante dos días los carros de los raitres y cogiéndoles sus caballos con todos los arneses. Uno de los capitanes católicos vió desfilar «quinientos coseletes á caballo y mil arcabuceros, marchando todos á modo de raitres y llevando cada uno un par de pistolas en el arzón de la silla» (24 de noviembre).

Esta segunda victoria no satisfizo gran cosa á Enrique III, quien escuchó con benevolencia á La Chatre, uno de los vencedores, que le llevó la noticia, pero no le hizo ningún presente. El rey se apresuró á firmar un convenio con los suizos (27 de noviembre) y les dió víveres y dinero para que pudieran regresar á sus cantones. Su favorito, el duque de Epernon, persiguió sin gran ardor á los alemanes que, debilitados por los reveses y por la defección de los suizos, se retiraban rápidamente, dejando pasar la ocasión de aplastarlos, y cuando los tuvo acorralados en el Charolais, les concedió una capitulación honrosa y el derecho de retirarse á su país. Los hugonotes que habían seguido la suerte de aquellos extranjeros, pudieron también salir libremente de Francia, á no ser que prefirieran quedarse viviendo co-



mo buenos católicos, conforme á los edictos (8 de diciembre).

Si el rey daba cuartel á los vencidos, los aldeanos, en cambio, mataron tantos como pudieron. El duque de Guisa y el marqués de Pont-à-Mousson, hijo del duque de Lorena, los persiguieron hasta cerca de Ginebra y se arrojaron luego sobre el condado de Montbelliard, en donde incendiaron más de 100 aldeas y vengaron á costa del conde, «que es gran calvinista,» la devastación de la Lorena.

Los miramientos de Enrique III sublevaron la opinión: los fanáticos se indignaron «ante ese desordenado favor á gentes que lo merecían tan poco, puesto que habían arruinado, incendiado y saqueado toda la Francia;» y por más que los realistas dijeron que los ligeros gritaban contra los raitres, pero que el rey era quien los expulsaba, el duque de Guisa fué considerado como el vencedor de los herejes, y sus pequeñas victorias de Anneau y de Vimory le conquistaron el título de campeón del catolicismo. La debilidad de Enrique III destruyó el resto de confianza que todavía tenían en él las masas; y los ligeros repetían en voz baja que «los raitres habían sido reclutados, pagados y licenciados por el rey,» aduciendo como prueba de su aserto «el buen trato que les dispensaba.»

## CAPITULO VIII

### LA JORNADA DE LAS BARRICADAS (1)

- I. Progresos de la Liga.—II. Sublevación de París.  
III. Sumisión del rey

#### I.—Progresos de la Liga

En tanto que protestantes y católicos luchaban á mano armada en el Oeste y en el Mediodía, la Liga había continuado su propaganda y aprovechado todas las faltas y debilidades del rey. Los pequeños burgueses, los artesanos y los ganapanes y hasta los aldeanos se alistaban, se ponían el casco y el coselete, y mientras

(1) FUENTES: *Registres des délibérations du Bureau de la Ville de Paris*, publicados por Bonnardot, IX, 1902. *Dialogue d'entre le Maître et le Manant: contenant les raisons de leurs débats et questions en ces présents troubles au royaume de France*, 1594. *Mémoires de la Ligue*, 1758, II. *Archives curieuses*, XI. *Mémoires-journaux de L'Estoile*, II y III, 1875-76. *Le Procès Verbal de Nicolas Poulain, L'Estoile*, III, págs. 345-371. *Les belles figures et drôleries de la Ligue*, L'Estoile, IV. *Mémoires d'Etat de Villeroi*, 1665, I. *Les Oeuvres d'Etienne Pasquier*, 1723, II. *Mémoires de Cheverny*, Mich. y Puj., 1.<sup>a</sup> serie, X. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, Introducción. *Mémoires de De Thou*, Mich. y Puj., 1.<sup>a</sup> serie, IX. Desjardins, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, IV. *Vie de Jean Chandon... président du Grand Conseil... conseiller d'Etat sous Henri III et Henri IV*, publicado por uno de sus sobrinos en tercer grado M. P. C. de B. (M. P. Chandon de Briailles), Techener, 1857. De Thou, *Histoire universelle*, X. Pedro Matthieu, *Histoire des derniers troubles de France depuis les premiers mouvemens de la Ligue jusques à la cloiture des Estats à Blois le seizieme de janvier 1589*, Lyon, 1597.

OBRAS DE CONSULTA: Bouillé, *Histoire des Guise*, III. Forenón, *Les ducs de Guise*, II. Cougny, *Etudes historiques et littéraires sur le XVII<sup>e</sup> siècle. Le parti républicain sous Henri III d'après des documents nouveaux*, «Mémoires lus à la Sorbonne, Histoire et Philologie, 1886.» Zeller, *Le mouvement guisard en 1588. Catherine de Médicis et la journée des Barricades* (mayo-junio, 1588), Orléans, 1903. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886. Girard, *Histoire de la vie du duc d'Epemon*, 1655.

esperaban el momento de la batalla se ostentaban públicamente: «insolentes, acuchillando, sediciosos, poniéndolo todo en desorden, diciendo: ¡Sús! ¡Matémoslo todo, ya no tenemos rey! ¡Viva la libertad!»

Uno de los que con más ardor manifestaban su descontento era maese Francisco Le Bretón, oriundo de Poitiers, abogado de París, hombre de bien y caritativo, pero violento, y amigo del atrevido predicador Poncet. Un día en que perdió un pleito que consideraba justo, injurió á los jueces, y habiendo sido reprendido, elevó sus quejas al rey que no se dignó escucharle. Esta indiferencia le llevó á la oposición, publicando entonces un folleto en el que llamaba á Enrique III «uno de los mayores hipócritas que han existido,» el mono de los reyes virtuosos; preconizaba como único remedio de los males que padecía el reino una asamblea de Estados generales, de la que estuvieran excluidos los funcionarios del rey, y proponía que en el entretanto se restituyeran á las ciudades todas sus franquicias. Con la intollerancia propia de los reformadores, quería tratar como enemigos públicos á los adversarios de la autonomía comunal: «Se les despedazará y su nombre y su familia serán para siempre borrados con confiscación de bienes y de personas sin consideración á ninguna grandeza... Es preciso perseguirlos.»

Enrique III mandó procesarle y el Parlamento le condenó á muerte, pero recomendándolo á la regia indulgencia porque no tenía la cabeza sana. El rey no quiso indultarlo y Le Bretón fué estrangulado y ahorcado en el patio del Palacio de Justicia (2 de noviembre de 1586) por miedo de que se produjera un motín para libertarlo en el trayecto de la cárcel á la plaza de Greve; y cuando su cadáver fué conducido á la horca de Montfaucón, el pueblo besó los pies y las manos del ajusticiado. Estas ejecuciones, que fueron poco frecuentes, anmentaban el odio sin inspirar temor. En las masas miserables germinaban los más violentos proyectos y en ellas tenía la Liga una multitud de adeptos que por afición al desorden ó por fanatismo conspiraban para secuestrar al rey y hasta para matarle. A los prudentes costóles gran trabajo hacer entrar en razón á esos exaltados.

Los partidarios de la acción acogieron con entusiasmo á Mayenne, que, de regreso del Oeste, se jactaba mucho de sus campañas y de sus victorias, y le pusieron al corriente de su organización y de sus planes, que consistían en sorprender la Bastilla, el grande y pequeño Chatelet, el Temple y las Casas Consistoriales y bloquear el Louvre. El rey, advertido por sus espías, adoptó ostensiblemente varias medidas de defensa, instalando algunas fuerzas en el grande y en el pequeño Chatelet y en el Arsenal, en vista de lo cual Mayenne resolvió salir de París (20 de marzo de 1587).

Al duque de Guisa no dejó de disgustarle la calaverada de su hermano y se quejó de que se quisiera hacer algo sin consultarle; y sus reproches y el lamentable fracaso del complot sirvieron de lección á los impacientes, los cuales prometieron mostrarse en lo sucesivo más prudentes y más dóciles.

La Liga dió impulso á su propaganda. Ya en el momento de su formación había enviado á Ameline, hombre entendido y buen negociador, á Chartres, á Orléans, á Blois y á Tours para reclutar partidarios; y después

de su equivocación del mes de marzo, mandó nuevos emisarios á las provincias con memorias é instrucciones, en las que acusaba al rey de hacer entrar en Francia un ejército de raitres herejes para entregarle como presa los católicos, en sus personas y en sus bienes.

Los jefes del partido proponían que los miembros de las «comunidades» católicas, especialmente de las que estaban más directamente amenazadas, como París, Ruán, Lyon, Orleans, Bourges, Amiens, Beauvais y Peronne, enviasen una diputación al rey para suplicarle que reuniese las fuerzas necesarias á la defensa del reino y ofrecerle un socorro de 2.000 hombres de á pie y 4.000 caballos. Si el rey no autorizaba estas levadas, no por eso dejarían de realizarse en caso de invasión, «y de esta manera el rey se verá obligado á reconocer el ejército católico ó á declararse abiertamente enemigo del mismo.» Este ejército hará frente á los invasores y «estará mandado y dirigido por los hidalgos y capitanes católicos destinados á las provincias y ciudades, las cuales podrán, si el rey se niega y contradice, tomar por jefe á un príncipe católico.» Si Enrique III falleciese sin hijos (Dios no lo quiera), los católicos se reunirán entre París y Orleans y serán convocados los Estados generales, que elegirán al cardenal de Borbón, «tanto porque es príncipe muy católico y enemigo de los herejes, cuanto porque es príncipe francés, bondadoso, agradable y virtuoso, de la raza antigua de los reyes de Francia, (lo) que le hace muy recomendable no como heredero y sucesor, por estar muy lejano en grado, sino capaz de elección y de la honesta preferencia por su religión y sus virtudes.» En el momento en que el trono quedara vacante, se avisaría en seguida al Papa y al rey de España «á fin de que, en caso necesario, su santidad nos asista con su santa bendición y el rey católico con sus fuerzas y medios.» En el entretanto, era preciso atraerse al mayor número posible de gentes de bien, hidalgos, ciudadanos, eclesiásticos, predicadores, que inspiraban confianza al pueblo, é instituir en cada ciudad un comité de acción compuesto de seis miembros que se reuniese una ó dos veces por semana para examinar los asuntos de fuera y el éxito de la propaganda; las ciudades habían de obrar de perfecto acuerdo con los príncipes católicos cuyas intenciones garantizaba la Liga, uniéndose unas y otros por medio de un juramento solemne de ayuda recíproca y de fidelidad común á la religión, y dejando las ciudades á los capitanes el honor del mando y de la dirección de los ejércitos y reservándose para sí el reclutamiento de los soldados y la elección de los capitanes «particulares.» La administración de la justicia y la gestión financiera corresponderían á un consejo compuesto de personas de los tres Estados.

La Liga hacía prestar á sus afiliados una nueva fórmula de juramento, por la cual prometían obedecer al rey «mientras se muestre católico y no favorezca á los herejes;» consagrar sus bienes y sus vidas á conservar la religión católica y romana, y á impedir el advenimiento de Enrique de Borbón, «de sus semejantes y adeptos;» no abandonarse jamás los unos á los otros, y unirse «para la defensa mutua así de la más pequeña de las ciudades asociadas como de la más grande.»

Cada orden sacaría su parte de provecho de la victoria: el Clero ganaría con ella la reforma de los abusos, el restablecimiento de sus dignidades, franquicias y pri-

vilegios y la publicación del Concilio de Trento; y la Nobleza, «apoyo principal de este reino después de Dios,» su reintegración en su antiguo esplendor y la conservación de sus méritos, libertades, prerrogativas y franquicias honradas y virtuosas. En cambio, los dos primeros órdenes ayudarían al Tercer Estado á depurar la justicia, «especialmente los tribunales supremos, llenos, en su mayor parte, de corrupciones, herejías y tiranías;» á devolver á las corporaciones y comunidades de las buenas ciudades sus antiguos privilegios, libertades, honores y franquicias; y á remediar las intolerables miserias que hoy oprimen bárbaramente de mil modos al pobre y común pueblo, alimentador de todos los demás estados.» Programa de oposición que proponía la regresión al Estado de la Edad media, con su monarquía limitada, su Clero poderoso, su Nobleza independiente y sus municipios autónomos, sin preocuparse de las contradicciones y sin preguntarse si el Pueblo, la Burguesía y el mismo Clero tenían motivos suficientes para echar de menos aquel pasado.

Los ligeros parisenses recomendaban á los consejos provinciales que estuvieran en comunicación constante con la capital, en donde habían establecido una especie de servicio de los asuntos de provincias; y cuando los delegados de las buenas ciudades llegaban á París, eran recibidos por agentes especiales, casi siempre de la misma región que ellos, con lo cual no tardaban en ponerse de acuerdo y en concertar los planes convenientes. De este modo Lyon, Tolosa, Orleans, Burdeos, Bourges y Nantes se habían entendido con París para la defensa de la religión católica.

En París, la Liga no omitía medio alguno de excitar la opinión, y si hemos de dar crédito á lo que dice De Thou, los sacerdotes se negaban á absolver á los que no querían adherirse á la Santa Unión. Los predicadores pronunciaban violentos sermones censurando los actos, las costumbres y la ortodoxia de Enrique III, el cual hubo de imponer á Poncet, párroco de San Pedro de los Arcis, un destierro de algunos meses. No todos estos predicadores eran hombres de buena fe como Poncet; así el párroco de San Benito, Boucher, mentía á sabiendas cuando acusaba al rey de haber hecho matar, para hacerle callar, á Burlat, teólogo de Orleans. La hermana de los Guisa, madama de Montpensier, que profesaba á Enrique III un odio mortal, se jactaba de gobernar á esos tribunos del púlpito y afirmaba que hacía más ella con sus sermones que sus hermanos con sus armas.

Esta dama explotó la emoción que había producido en Francia la ejecución de María Estuardo (18 de febrero de 1587), y por consejo suyo, Juan Prevost, párroco de San Severino, expuso en el cementerio de su parroquia un inmenso cuadro en el que estaban representadas, en una serie de conmovedoras escenas, las persecuciones que por la fe sufrían los católicos ingleses: prisión de hidalgos y de nobles damas, desfile de sacerdotes arrestados junto al altar y paseados, para mayor irrisión con sus trajes sacerdotales por las calles y plazas públicas; registros nocturnos practicados por los soldados en las casas de los fieles con todo el aparato de golpes y violencias. Algunas de aquellas escenas reproducían el espectáculo de las torturas infligidas en las cárceles: tormento, dislocación de los miembros,